

LAS AVENTURAS DE SHERLAW KOMBS



ROBERT BARR

Traducción y prólogo
JUAN GABRIEL LÓPEZ GUIX

Ilustraciones
GEORGE HUTCHINSON

iHjckrrh!

Robert Barr

**LAS
AVENTURAS
DE
SHERLAW KOMBS**

Traducción y prólogo
Juan Gabriel López Guix

Ilustraciones
George Hutchinson

Título original: *The Adventures of Sherlaw Kombs*

Diseño de cubierta: Marc Valls, a partir de una imagen de finales del siglo XIX de la estación de Euston (Londres)

Lectura de pruebas: Celia Filipetto

Composición: Jaula

Primera edición: octubre de 2024

© de traducción y prólogo: Juan Gabriel López Guix

© ¡Hjckrrh!

<http://hjckrrh.org>

Edición no venal

Déposito legal: B 18768-2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra debe contar con la autorización del titular.

El Sherlock de Robert Barr, una parodia amable

Robert Barr (1849-1912) nació en Glasgow, pero en 1854 partió con sus padres a Canadá, donde vivió los siguientes 22 años. La familia se estableció en Wallacetown, una pequeña localidad situada en la orilla septentrional del lado Erie, en el sur de lo que hoy es la provincia canadiense de Ontario y entonces era (y fue hasta 1867) la colonia británica del Alto Canadá. Creció haciendo de aprendiz de su padre carpintero, quien construía casas, iglesias y escuelas por la zona, y aprovechando los meses de invierno para escolarizarse. Más tarde, estudió en la Escuela Normal de Toronto y durante unos años ejerció como maestro y director de escuela, al tiempo que intentaba publicar pequeños textos humorísticos en publicaciones canadienses. Abandonó la enseñanza en 1876, año en que recibió la oferta estadounidense de incorporarse a la redacción del *Detroit Free Press*, que había publicado un poco antes un cuento suyo (rechazado, según se quejaría, por prácti-

camente todos los periódicos canadienses, que además ni le devolvieron el manuscrito ni los sellos que había adjuntado para el franqueo de la devolución). Ese mismo año se casó con Eva Bennett, con quien tendría tres hijos: Laura, William y Andrew. Bajo el pseudónimo de Luke Sharp, que ya había usado en sus primeras publicaciones en Canadá y que procedía del cartel del negocio de un empresario de pompas fúnebres situado junto a la pensión en la que se alojó en Toronto cuando estudió magisterio, inició entonces una fructífera carrera periodística en Detroit que culminó con su envío en 1881 a Londres, encargado de abrir en esa ciudad una edición semanal del *Free Press*. La publicación tuvo muy buena acogida; al parecer, fue el primer periódico estadounidense en establecerse en Europa.

En Londres floreció como escritor, publicó su primer libro, *N. B. Strange Happenings* (1883), y se integró en la vida literaria de la metrópolis. Entabló relaciones de amistad con figuras tan señeras como Joseph Conrad, Stephen Crane, Arthur Conan Doyle, Henry James, Jerome K. Jerome o Rudyard Kipling. Junto con el escritor William Dunkerley, y con Jerome K. Jerome como codirector, fundó en 1892 *The Idler*, una revista mensual ilustrada que siguió la estela de *The Strand* (fundada el año anterior) y que no dejó de editarse hasta 1911. En esas

dos décadas, Barr publicaría de modo incesante más un libro al año y se convertiría en un escritor popular y reconocido por sus pares en Gran Bretaña y Norteamérica.

La fama alcanzada en vida contrasta con la oscuridad actual del escritor. Su figura parece ser objeto de una mayor reivindicación en el canon de la literatura canadiense, lo cual no deja de ser paradójico a tenor del severo juicio emitido respecto a ella en un artículo publicado en 1899. En él, se quejaba del poco cuidado prestado por el país a sus escritores, defendía que la literatura es fuente de riqueza nacional y ponía como ejemplo el caso de Walter Scott y el flujo de visitantes que había generado en Escocia la serie de novelas de *Waverley*:

La cruda verdad es que Canadá tiene dinero, pero prefiere gastárselo en whisky antes que en libros. Le gusta más inflamarse el estómago que informarse el cerebro [...] De modo que mi consejo al Walter Scott que patea hoy las calles de Toronto es: «Cruza la frontera lo más rápido que puedas; vente a Londres o vete a Nueva York; sacúdete de los pies el polvo de Canadá».

Murió a los 63 años de un ataque al corazón en su casa de Woldingham (Surrey), donde está enterrado.

Escribió quince libros de relatos y veinte novelas, una producción que conectó con el gusto del público de la época. Sobresalió como cuentista. La crítica ha destacado las influencias de Walter Scott y Mark Twain. Ha dejado una obra que se caracteriza por una vena irónica y un buen dominio de los recursos literarios. Las novelas tratan una variedad de temas, desde lo sentimental hasta el realismo y la crítica social. Las principales son: *In the Midst of Alarms* (1894), *The Mutable Many* (1896), *The Victors* (1901) y *The Measure of the Rule* (1907); la primera y la última ambientadas en Canadá y con ciertos aspectos autobiográficos, sobre todo la segunda. También completó *The O'Ruddy* (1903), una novela que Stephen Crane dejó inacabada a su muerte. Entre sus relatos, abundan los de tono sentimental, humorístico, satírico y paródico. Muchos de ellos son policíacos, aunque también escribió algunos de ciencia ficción. Los que más han logrado perdurar están relacionados con la serie dedicada a su detective Eugène Valmont, recopilados en *The Triumphs of Eugène Valmont* (1906). (Eugène, por Vidocq, el delincuente francés reconvertido en jefe de policía durante la Restauración y considerado como el padre de la criminología moderna; y Valmont, por el vizconde de *Las relaciones peligrosas*.) Se ha afirmado que ese protagonista es el

prototipo que sirvió de inspiración a Agatha Christie para crear su célebre Hercule Poirot.

Barr fue uno de los iniciadores del subgénero de los pastiches de Sherlock Holmes, un subgénero frecuentado por figuras tan ilustres como, entre otros muchos, James M. Barrie (el primer autor conocido en adentrarse en él), O. Henry, P.G. Wodhouse, Ring W. Lardner, Anthony Burgess, Kingsley Amis, Stephen King, John Lennon, Neil Gaiman e incluso el propio Arthur Conan Doyle.

El relato que presentamos se publicó en el número 5 (junio 1892) de *The Idler* firmado por Luke Sharp y con el título de «Historias policíacas fallidas: las aventuras de Sherlaw Kombs». En él, Barr entabla un diálogo lleno de guiños y alusiones con *Estudio en escarlata*, publicado cinco años antes, y recurre al humor amable para realizar un homenaje al residente de la calle Baker creado por su amigo Conan Doyle y cuyos rasgos su protagonista condensa de modo paródico. A pesar de que Sherlock Holmes ya había aparecido en dos novelas anteriores, el mencionado *Estudio en escarlata* y *El signo de los cuatro* (1890), adquirió una enorme y súbita popularidad a partir de 1891, cuando los relatos de sus peripecias empezaron a publicarse en la recién fundada revista *The Strand*.



Robert Barr (izquierda) junto a Arthur Conan Doyle, en la casa de este último en Norwood, 1894 (Fradelle & Young, *The Idler*, 1894)

En «Las aventuras de Sherlaw Kombs», vemos a Sherlaw resolver (o no) un misterioso asesinato ante los admirados ojos del doctor Watson, bajo cuyo punto de vista se nos narra la historia, y los recelos y envidias de los detectives de Scotland Yard.

Esta edición incluye también las ilustraciones originales que acompañaron la publicación del relato en *The Idler*. Son obra

de George Hutchinson (1852-1942), ilustrador británico nacido, como Barr, en Canadá. Con 14 años, abandonó su Nueva Escocia natal embarcado como grumete en un barco rumbo a Londres, donde se formaría un tiempo después en la Royal Academy. A partir de la década de 1890, cobró fama como ilustrador. Trabajó para la revista humorística *Ariel*, del novelista Israel Zangwill e ilustró muchas de sus obras. Zangwill acabaría escribiendo una novela inspirada en su figura, *The Master*. Colaboró asiduamente con publicaciones periódicas londinenses, como *The Illustrated London News* y *The Idler*. También ilustró obras de, entre muchos otros, Rudyard Kipling, Hall Caine, Robert Louis Stevenson y Arthur Conan Doyle, para quien ilustró una edición de *Estudio en escarlata* aparecida en 1891, un año antes del relato de Barr.

La presente traducción partió de una iniciativa académica. Nació como borrador utilizado en la preparación de las clases de una asignatura de Traducción Literaria impartida en la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad Autónoma de Barcelona durante la primavera de 2024 y se vio enriquecida por las semanas de análisis y debate común. Plasma la plantilla exegetica sobre la que trabajamos en el aula. La versión final se benefició de

los aportes y los comentarios de Jacqueline Minett en relación con algunos detalles del texto original y de la mirada atenta y las sugerencias de Celia Filipetto, Premio Nacional de Traducción 2023 a la Obra de un Traductor, a quienes queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento. También queremos agradecer a Santiago López Guix y Javier Suárez la ayuda prestada en el tratamiento digital de las imágenes.

La versión que aquí se ofrece recoge, con ligerísimos retoques, el texto leído con motivo de Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor 2024 por algunos de los participantes en el citado curso de Traducción Literaria: Víctor Castellanos, Elisenda Deulofeu, Zoe Gallardo, Gisela García, Rut Pereda y Ona Puigbert, a quienes va dedicada esta edición. El vídeo de la lectura puede encontrarse aquí: <<https://youtu.be/D4gdsFqDsrA?>>.

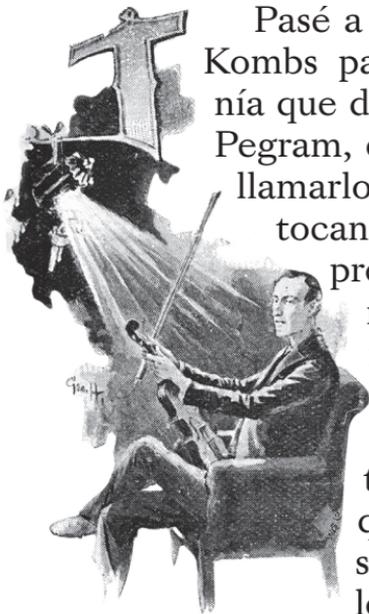
JUAN GABRIEL LÓPEZ GUIX

Bibliografía

- BARR, Robert, «Literature of Canada», *The Canadian Magazine*, 14:1 (noviembre 1899), disponible en <https://archive.org/details/sim_canadian-magazine_1899-11_14_1/page/n5/mode/2up>.
- MACKENDRICK, Louis K., «Introduction», en Robert Barr, *The Measure of the Rule*, Toronto-Buffalo, University of Toronto Press, 1973.
- «Robert Barr», en *Dictionary of Canadian Biography*, vol. 14 (1911-1920), Toronto-Quebec, University of Toronto/Université Laval, 1998, disponible en <http://www.biographi.ca/en/bio/barr_robert_1849_1912_14E.html>.
- MORGAN, Henry James, *The Canadian Men and Women of the Time. A Hand-Book of Canadian Biography*, Toronto, William Briggs, 1898.
- PARR, John, «Introduction», en *Selected Stories of Robert Barr*, Ottawa, University of Ottawa Press, 1977.

Las aventuras de Sherlaw Kombs

(Con disculpas al doctor Conan Doyle
y su excelente libro *Estudio en escarlata*)



Pasé a ver a mi amigo Sherlaw Kombs para escuchar lo que tenía que decir sobre el misterio de Pegram, como había acabado por llamarlo la prensa. Lo encontré tocando el violín con una expresión de dulce paz y serenidad en el rostro que nunca veía en los semblantes de quienes se encontraban lo bastante cerca para oírlo. Sabía que aquel aire de calma seráfica indicaba que algo lo había irritado profundamente. Y tal resultó ser, en efecto, el caso, porque uno de los periódicos matutinos publicaba un artículo en el que se elogiaba la vigilancia y la competencia general de Scotland Yard. Tan grande era el desprecio de Kombs por Scotland Yard que nunca visitaba Escocia en vacaciones ni estaba

dispuesto a admitir que un escocés fuera apto para otra cosa que la emigración.

Dejó atentamente de lado el violín, pues sentía por mí un aprecio sincero, y me saludó con su amabilidad habitual.

–He venido –dije, lanzándome sin preámbulos al asunto que me ocupaba la mente– para saber su opinión sobre el gran misterio de Pegram.

–No sé nada al respecto –respondió en voz baja, como si todo Londres no estuviera hablando de lo mismo.

Kombs era curiosamente ignorante en algunos temas y anormalmente entendido en otros. Me había dado cuenta, por ejemplo, de que la discusión política con él era imposible, porque no sabía quiénes eran Salisbury ni Gladstone. Eso convertía su amistad en una auténtica bendición.

–El misterio de Pegram ha desconcertado incluso a Gregory, de Scotland Yard.

–No lo dudo en absoluto –dijo mi amigo, con calma–. A Gregory lo desconcertaría el movimiento perpetuo o la cuadratura del círculo. Igual que un niño pequeño, así es Gregory.

Era una de las cosas que siempre me gustaba de Kombs. No había en él, a diferencia de lo que ocurre en tantos otros hombres, celos profesionales.

Llenó su pipa, se arrellanó en una mullida silla de brazos, colocó los pies sobre la

repisa de la chimenea y entrelazó las manos detrás de la nuca.

–Póngame al corriente –se limitó a decir.

–Barrie Kipson –empecé– era corredor de Bolsa en la

City. Vivía en

Pegram y tenía por cos-

tumbre...

–¡Adelante!

–gritó Kombs,

sin cambiar de

posición, pero

con una brus-

quedad que me

sobresaltó.

No había oído lla-

mar a la puerta.

–Discúlpeme –dijo mi

amigo, riendo–, mi invita-

ción a entrar ha sido un tan-

to prematura. Estaba tan absorto

en sus palabras, que he hablado an-

tes de pensar, cosa que un detective nunca

debería hacer. Lo cierto es que está a punto

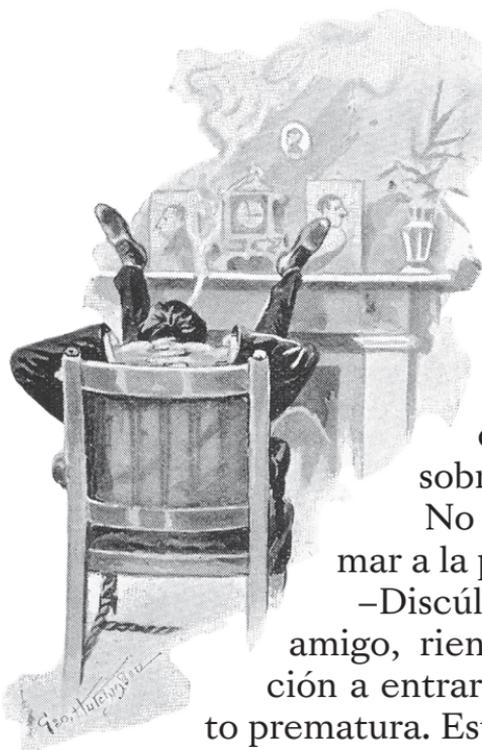
de llegar un hombre que me lo va a contar

todo acerca de ese crimen, lo cual lo libraré

a usted de todo desvelo en ese sentido.

–Ah, tiene una cita. En ese caso, no quiero molestar –dije, levantándome.

–Siéntese; no tengo ninguna cita. No sabía de esa llegada hasta que la he mencionado.



Lo miré embargado por el asombro. Pese a lo acostumbrado que estaba a sus extraordinarios talentos, ese hombre era para mí una sorpresa perpetua. Siguió fumando con toda tranquilidad, pero era evidente que disfrutaba con mi desconcierto.

–Veo que se sorprende. Es tan sencillo que ni merece la pena hablar de ello; resulta que, desde mi posición frente al espejo, veo reflejado todo lo que ocurre en la calle. Un hombre se ha detenido, ha mirado una de mis tarjetas de visita y luego ha dirigido la vista al otro lado de la calle. He reconocido mi tarjeta porque, como sabe, son de color escarlata. Si, como dice, todo Londres está hablando del misterio, la consecuencia lógica es que me hable de él; y lo más probable es que desee consultarme al respecto. Cualquiera puede darse cuenta, además siempre... ¡Adelante!

Esa vez sí que llamaron a la puerta.

Entró un desconocido. Sherlaw Kombs no modificó su postura relajada.

–Deseo ver al señor Sherlaw Kombs, el detective –dijo el desconocido, entrando en el campo de visión del fumador.

–El señor Kombs es él –observé al final, puesto que mi amigo fumaba plácidamente y parecía medio dormido.

–Permítame presentarme –prosiguió el hombre, mientras buscaba una tarjeta de visita.

–No es necesario. Es usted periodista – dijo Kombs.

–Ah –respondió el desconocido, presa de cierto asombro–, de modo que me conoce...

–En mi vida lo he visto ni he oído hablar de usted.

–Entonces, ¿cómo diantre...?

–Nada más sencillo. Escribe para un periódico vespertino.

Ha publicado un artículo donde critica el libro de un amigo. La crítica le va a doler bastante, y usted le expresará su comprensión. Nunca sabrá quién lo ha escarnecido a menos que yo se lo diga.

–¡Diablos! –exclamó el periodista.

Se dejó caer en una silla y se enjugó la frente al tiempo que empalidecía.

–En efecto –dijo Kombs alargando las palabras–, es una endiablada vergüenza que se hagan tales cosas. Pero *¿que voulez-vous?*, como dicen los franceses.

Tras reponerse de la sorpresa, el periodista consiguió recomponerse un poco.

–¿Le importaría decirme cómo sabe esos detalles de un hombre al cual, según afirma, no ha visto nunca?

–Rara vez hablo de estas cosas –respon-



dió Kombs con gran serenidad—. Sin embargo, dado que el cultivo del hábito de la observación puede ayudarlo en su oficio y de ese modo, en un grado remoto, beneficiarme a mí al hacer que su periódico sea menos aburrido, se lo voy a decir. Tiene el índice y el dedo corazón manchados de tinta, lo que indica que escribe mucho. La clase de personas con esas manchas abarca dos subclases, los escribanos o contables y los periodistas. Los escribanos tienen que ser pulcros en el trabajo. En ellos, la mancha de tinta es menos intensa. Tiene usted los dedos manchados con mucho descuido; por lo tanto, es periodista. En el bolsillo lleva un periódico vespertino. Cualquiera puede llevar un periódico vespertino, pero el suyo es una edición especial, que no estará en la calle hasta dentro de media hora. Así que lo habrá obtenido antes de salir de la oficina y, para ello, tiene que trabajar en la redacción. Hay una reseña marcada con lápiz azul. Un periodista siempre desprecia todo artículo de su diario que no haya escrito él; por lo tanto, es usted el autor del artículo marcado y sin duda está a punto de mandarlo al autor del libro reseñado. Una especialidad de su periódico es criticar todos los libros no escritos por algún miembro de la redacción. Que el autor es amigo suyo ha sido mera suposición. Todo esto no es más que un ejemplo trivial de observación normal y corriente.

—Caramba, señor Kombs, es usted el hombre más increíble del planeta. Desde luego, está usted a la altura de Gregory.

Un gesto de desagrado frunció la frente de mi amigo al tiempo que dejaba la pipa en el aparador y sacaba su revólver automático de seis disparos.

—¿Pretende usted insultarme, señor?

—No, no... se lo aseguro. Está usted capacitado para hacerse cargo de Scotland Yard mañana mismo... Hablo en serio, completamente en serio, señor.

—En ese caso, que el cielo lo ampare —exclamó Kombs, alzando lentamente el brazo derecho.

Me interpose entre ellos.



—¡No dispare! —grité—. Manchará la alfombra. Además, Sherlaw, ¿no ve que el hombre lo dice con buena intención? ¡Está convencido de que es un halago!

—Puede que tenga razón —observó el detective, arrojando descuidadamente el revólver junto a la pipa, para gran alivio del interfecto.

A continuación, volviéndose

hacia el periodista, dijo con su afable cortesía habitual:

–Creo que ha dicho que deseaba usted verme. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Wilber Scribbings?

El periodista se sobresaltó.

–¿Cómo sabe mi nombre? –dijo con voz entrecortada.

Kombs hizo un gesto de impaciencia con la mano.

–Mire el interior de su sombrero si tiene dudas respecto a su nombre.

Me di cuenta entonces de que el nombre podía leerse perfectamente en el interior del sombrero de copa que Scribbings sostenía boca arriba entre las manos.

–Habría oído hablar, por supuesto, del misterio de Pegram...

–¡Bah! –soltó el detective–, le ruego que no lo llame misterio. Tales cosas no existen. La vida sería mucho más tolerable si hubiera alguna vez un misterio. Nada es original. Todo ya se ha hecho antes. ¿Qué es eso del asunto de Pegram?

–El... caso de Pegram tiene a todo el mundo desconcertado. El *Evening Blade* desearía que usted lo investigara, y poder publicar luego el resultado. Le pagará bien. ¿Aceptaría el encargo?

–Es posible. Hábleme del caso.

–Creía que todo el mundo conocía los detalles. El señor Barrie Kipson vivía en Pe-

gram. Tenía un abono de temporada entre esa estación y la estación término. Acostumbraba a volver a Pegram todas las tardes en el tren de las cinco y media. Hace unas semanas, enfermó de gripe. En su primera visita a la City tras recuperarse, retiró algo así como 300 libras en billetes y salió de su oficina a la hora habitual para tomar el tren de las cinco y media. Nunca se lo volvió a ver con vida, al menos según la información que es de público conocimiento. Lo encontraron en Brewster en un compartimento de primera clase del expreso de Escocia, que no para entre Londres y Brewster. Tenía una bala en la cabeza, y el dinero había desaparecido, lo que apunta claramente a un asesinato y robo.

—¿Y dónde está el misterio, si se me permite preguntar?

—El caso tiene diversas circunstancias inexplicables. Primero, ¿cómo se subió al expreso de Escocia, que parte a las seis y no se detiene en Pegram? Segundo, los revisores de la estación término le habrían impedido el paso de haberles mostrado el abono; y todos los billetes vendidos para el expreso de Esco-



cia del día 21 han sido comprobados. Tercero, ¿cómo pudo escapar el asesino? Cuarto, los pasajeros que viajaban a uno y otro lado del compartimento en el que se halló el cuerpo no oyeron pelea ni disparo alguno.

—¿Está usted seguro de que el expreso de Escocia del día 21 no se detuvo entre Londres y Brewster?

—Ahora que lo menciona, sí que lo hizo. Lo detuvo una señal justo en las afueras de Pegram. Realizó una pausa de unos instantes hasta que se notificó que la línea estaba despejada y luego reanudó la marcha. Ocurre con frecuencia, porque hay un ramal después de Pegram.

Sherlaw Kombs reflexionó durante unos instantes, sin dejar de fumar la pipa en silencio.

—Supongo que desea la solución a tiempo para la edición de mañana.

—Válgame el cielo, no. El director considera que habrá hecho usted un buen trabajo si logra desarrollar una teoría en el plazo de un mes.

—Mi estimado señor, yo no me ocupo de teorías, sino de hechos. Si le resulta cómodo venir a verme mañana a las ocho de la mañana, le proporcionaré todos los detalles con tiempo suficiente para la primera edición. No tiene sentido dedicar demasiado tiempo a un asunto tan sencillo como el caso de Pegram. Buenas tardes, señor.

Scribbings quedó tan asombrado que fue incapaz de devolver el saludo. Se marchó sin poder articular palabra, y lo vi alejarse por la calle con el sombrero aún en la mano.

Sherlaw Kombs volvió a adoptar su postura relajada habitual, con las manos entrelazadas detrás de la nuca. El humo le salió de entre los labios en rápidas bocanadas al principio y luego a intervalos más prolongados. Vi que estaba llegando a una conclusión, de modo que no dije nada.

Finalmente, habló con su tono más distraído.

—No deseo dar la impresión de obrar de forma precipitada, Watson, pero voy a tomar el expreso de Escocia esta tarde. ¿Le importaría acompañarme?

—¡Dios mío! —exclamé, echando una ojeada al reloj—, no tiene usted tiempo, son ya más de las cinco.

—Hay tiempo de sobra, Watson, tiempo de sobra —murmuró, sin cambiar de posición—. Tardo un minuto y medio en cambiarme las zapatillas y la bata por las botas y el abrigo, tres segundos para el sombrero, veinticinco segundos hasta la calle, cuarenta y dos segundos de espera para un conse-



guir un cabriolé y luego siete minutos hasta la estación término antes de que salga el expreso. Me agrada contar con su compañía.

Me sentí más que contento de tener el privilegio de acompañarlo. Resultaba muy interesante contemplar el funcionamiento de una mente tan inescrutable. Cuando el coche entró bajo el elevado techo de hierro forjado de la estación, observé que un gesto de fastidio le cruzaba el rostro.

—Nos hemos adelantado quince segundos —comentó, mirando el gran reloj—. Me molesta que aparezcan estos errores de cálculo.

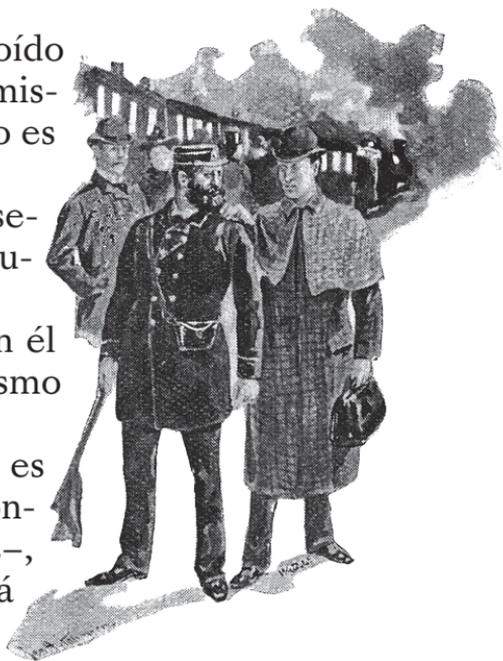
El gran expreso de Escocia estaba a punto de emprender su largo viaje. El detective palmeó el hombro de uno de los jefes de tren.

—Habrá usted oído hablar del llamado misterio de Pegram, ¿no es así?

—Desde luego, señor. Justamente ocurrió en este tren.

—¿En serio? ¿Y en él sigue todavía el mismo vagón?

—Pues, lo cierto es que sí, señor —respondió bajando la voz—, pero comprenderá



que tenemos que ser discretos al respecto. De otro modo, los pasajeros no querrían viajar en él.

—Por supuesto. ¿No sabrá, por azar, si alguien ocupa el compartimento en el que se encontró el cuerpo?

—Una dama y un caballero, señor; yo mismo los he acomodado.

—¿Tendría la bondad de hacerme el favor —dijo el detective, deslizando con habilidad medio soberano en la mano del jefe de tren— de acercarse a la ventanilla e informarles de un modo casual de la tragedia que ha tenido lugar en ese compartimento?

—No faltaría más, señor.

Seguimos al jefe de tren; y, nada más comunicar la información, un grito sofocado se oyó en el interior del vagón. Un instante después, de él salió una dama seguida de un caballero de rostro rubicundo que miró al jefe de tren con aire ceñudo. Entramos en el compartimento ya vacío, y Kombs dijo:

—Nos gustaría estar solos hasta llegar a Brewster.

—Me ocuparé de ello, señor —dijo el jefe de tren, mientras cerraba la puerta.

Cuando el agente ferroviario se hubo marchado, le pregunté a mi amigo qué esperaba encontrar



en el compartimento que arrojara luz sobre el caso.

–Nada –fue su lacónica respuesta.

–Entonces, ¿para que viene?

–Únicamente para confirmar las conclusiones a las que ya he llegado.

–¿Y puedo preguntar cuáles son esas conclusiones?

–Por supuesto –respondió el detective, con un deje de languidez en la voz–. Le ruego que se fije, primero, en que este tren se encuentra entre dos andenes, y que se puede entrar por cualquiera de los lados. Toda persona familiarizada durante años con la estación será consciente de semejante hecho. Esto explica el modo en que el señor Kipson subió al tren antes de que partiera.

–Pero la puerta de este lado está cerrada –objeté, intentando abrirla.

–Por supuesto. Pero todos los abonados tienen una llave. Eso explica que el jefe de tren no lo viera, y también la ausencia de billete. Y permítame mencionarle algunos datos sobre la gripe. La temperatura del paciente sube varios grados por encima de lo normal, y entonces tiene fiebre. Una vez que la enfermedad ha seguido su curso, la temperatura cae tres cuartos de grado por debajo de lo normal. Estos hechos le serán desconocidos, imagino, teniendo en cuenta que es usted médico.

Admití que así era.

–Bien, la consecuencia de esa caída de la temperatura es que la mente del convaleciente se ve asaltada por ideas suicidas. Es en ese momento cuando los amigos deben vigilarlo. Y fue en ese momento cuando los amigos del señor Barrie Kipson no lo vigilaron. Se acuerda del día 21, ¿verdad? ¿No? Fue un día de lo más deprimente. Niebla por todas partes y barro bajo los pies. Muy bien. Decide suicidarse. No desea ser identificado, en la medida de lo posible; pero olvida que lleva el abono. Según mi experiencia, un hombre que está a punto de cometer un delito siempre olvida algo.

–Pero ¿cómo explica la desaparición del dinero?

–El dinero no tiene nada que ver con el asunto. Si era un hombre sagaz y conocía la estupidez de Scotland Yard, es probable que enviara los billetes a un enemigo. O, si no, puede que se los diera a un amigo. No hay nada más adecuado para preparar la mente a la autodestrucción que la perspectiva de un viaje nocturno en el expreso de Escocia; la vista desde las ventanillas del tren a su paso por la parte norte de Londres resulta particularmente propicia para suscitar ideas de aniquilación.

–¿Y qué ocurrió con el arma?

–Es justo el detalle sobre el cual deseo cerciorarme. Discúlpeme un momento.

Sherlaw Kombs bajó la ventanilla del

lado derecho y examinó de minuciosamente con una lupa la parte superior del bastidor. A continuación, emitió un suspiro de alivio y volvió a subir la ventana.

—Justo lo que esperaba —observó, hablando más consigo mismo que conmigo—. Hay una pequeña muesca en la parte superior del marco. Es de tal naturaleza que sólo puede haberla causado el gatillo de una pistola que cae de la mano inerte de un suicida. Su intención era arrojar el arma por la ventana, pero le fallaron las fuerzas. Habría podido caer dentro del compartimento. Sin embargo, rebotó en la ventana y se encuentra entre la hierba a unos tres metros y medio del raíl exterior. Y la única pregunta que queda por contestar es dónde tuvo lugar el suceso, y la posición exacta de la pistola calculada en kilómetros desde Londres; aunque eso, por fortuna, es demasiado sencillo para que requiera siquiera una explicación.

—¡Santo cielo, Sherlaw! —exclamé—. ¿Cómo puede considerar que eso es sencillo? A mí me parece imposible de calcular.

Cruzábamos en ese momento el norte de Londres a toda velocidad, y el gran detecti-



ve se echó para atrás en el asiento cerrando los ojos y con todas las señales del tedio. Al final, habló con voz cansina:

—La verdad es que es muy elemental, Watson; pero siempre estoy dispuesto a complacer a un amigo. De todos modos, me sentiré aliviado cuando sea usted capaz de entender por sí mismo el abecé de la investigación; si bien siempre estaré dispuesto a ayudarlo con las palabras de más de tres sílabas. Tras haber resuelto suicidarse, Kipson quiso lógicamente llevar a cabo su acción antes de llegar a Brewster, porque en ese punto se examinan de nuevo los billetes. Cuando el tren empezó a frenar en la señal cerca de Pegram, llegó a la falsa conclusión de que se estaba deteniendo en Brewster. El hecho de que el disparo no se oyera se explica por el chirrido de los frenos de aire, además del ruido del propio tren. Es posible que al mismo tiempo sonara también el silbato. Al ser un expreso veloz, el tren se detendría lo más cerca posible de la señal. Los frenos de aire detienen el tren en el doble de su propia longitud. Digamos el triple en este caso. Muy bien. En el triple de la longitud de este tren desde el poste de señales en dirección a Londres, deduciendo la mitad de su longitud, puesto que este vagón se encuentra situado en el medio, encontrará usted la pistola.

—¡Maravilloso! —exclamé.

–Banal –murmuró Kombs.

En ese momento, el silbato sonó de modo estridente y notamos el rechinar de los frenos.

–¡Ahí está ya la señal de Pegram! –gritó Kombs con algo casi similar al entusiasmo–. Esto sí que es suerte. Vamos a bajar aquí, Watson, para comprobar el asunto.

Cuando el tren se detuvo, salimos por el lado derecho de la vía férrea. La locomotora resollaba con

impaciencia frente a la luz roja, que cambió a verde en cuanto dirigí la vista hacia ella. El tren empezó a moverse cada vez a mayor velocidad, y el detective contó los vagones y anotó el número. Era ya de noche,

con una finísima luna suspendida del cielo occidental que arrojaba una penumbra misteriosa sobre las relucientes vías. Los faroles traseros del tren desaparecieron en una curva, y la señal volvió de nuevo al torvo rojo. La magia negra de la solitaria noche en aquel extraño lugar me impresionó, pero el detective era un hombre sumamente práctico. Apoyó la espalda contra el poste de señales y echó



a andar por la vía con zancadas regulares, contando los pasos. Caminé a su lado en silencio siguiendo la vía. Al final, se detuvo y sacó del bolsillo una cinta de medir. La desenrolló hasta los tres metros, examinando los números a la tenue luz de la luna nueva. Me dio el extremo, colocó los nudillos sobre el riel y me hizo un gesto para que bajara el terraplén. Extendí la cinta y luego metí la mano en la húmeda hierba para señalar el lugar.



—¡Dios santo! —exclamé, con estupefacción—, ¿qué es esto?

—Es la pistola —respondió Kombs en voz baja.

¡En efecto, era la pistola!

* * * * *

El Londres periodístico tardará en olvidar la sensación causada por el relato de las investigaciones de Sherlaw Kombs tal como las publicó con todo detalle el *Evening Blade* en su edición del día siguiente. Ojalá mi historia acabara aquí. ¡Ay! Kombs entregó desdeñosamente la pistola a Scotland Yard. Los entrometidos agentes, movidos, como siempre sostengo, por los celos, descubrieron en ella el nombre del vendedor. Investigaron. El vendedor declaró que, hasta donde él sabía, el arma nunca había estado en posesión del señor Kipson. La había vendido a un hombre cuya descripción coincidía con la de un delincuente al que la policía vigilaba desde hacía tiempo. Lo detuvieron, y él decidió colaborar con la justicia para librarse de la horca. Parece ser que el señor Kipson, que era un hombre melancólico y taciturno, y que solía volver a su casa en un compartimento que ocupaba sólo él, con lo cual escapaba a todas las miradas, había sido asesinado en el camino que llevaba a su casa. Tras robarle, los malhechores debatieron sobre la forma de deshacerse del cuerpo: un tema del que siempre se ocupa una mente criminal de primer orden antes de cometer su fechoría. Decidieron colocarlo sobre las vías férreas para que lo arrollara el expreso de Escocia, que no tardaría en pasar. No habían acarreado el cuerpo hasta la mitad del terraplén, cuando el expre-

so llegó y se detuvo. El jefe de tren salió y se encaminó en dirección contraria a ellos para hablar con el maquinista. En ese instante, a los asesinos se les ocurrió la idea de colocar el cadáver en un vagón de primera clase vacío. Abrieron la puerta con la llave del muerto. Cabe suponer que la pistola se les cayó cuando subían el cuerpo al vagón.

La treta de la colaboración con la justicia no funcionó, y Scotland Yard insultó de modo ignominioso a mi amigo Sherlaw Kombs enviándole un pase para presenciar el ahorcamiento de aquellos miserables.